



Colegio Stella Maris
Christian Brothers



Colegio Stella Maris <http://www.stellamaris.edu.uy/>

Montevideo – Uruguay

Año 2023

ISSN 2393-7076

Revista digital académica arbitrada.
Presencia. Miradas desde y hacia la educación. Número 8

¿Qué despierta la educación?

Máximo Núñez¹

Jaeger, en su escrito “Paideia: los ideales de la cultura griega” (2009) expresa en sus primera líneas:

La educación es el principio mediante el cual la comunidad humana conserva y transmite su peculiaridad física y espiritual. Con el cambio de las cosas cambian los individuos. (...) El hombre solo puede propagar y conservar su forma de existencia social y espiritual mediante las fuerzas por las cuales ha creado, es decir, mediante la voluntad consciente y la razón (Jaeger, 2009, pág. 3).

Estaremos de acuerdo en pensar que la idea central de la cita marca la importancia de la preservación y transmisión de la vida social y espiritual de una sociedad, siendo el individuo quien puede asegurar la continuidad de eso que ha creado. Esto nos posiciona en la afirmación de que la educación no tiene carácter de pertenencia

¹ Licenciado en Ciencias de la Educación; Magíster en Ciencias Humanas, opción: Teorías y Prácticas en Educación por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, de la Universidad de la República. Contacto: maximonunez.uy@gmail.com

exclusiva o, mejor dicho, más allá de lo que podamos generar en los escenarios donde eso se desarrolle, si hablamos de educación, hacemos referencia a una comunidad, donde se puede patentar aquello de que “el carácter de la comunidad se imprime en sus miembros individuales” (Jaeger, 2009, pág. 3). En otras palabras, cada uno de nosotros evidencia lo que se gesta en un medio social. Con esta idea, pensar que la educación es una evidencia de algo neutral, sería un tanto ingenuo.

Podríamos pensar qué nos habilita la educación, hacia dónde nos dirige, dónde nos posiciona, qué nos exige, cómo estructura nuestras perspectivas y sin duda alguna, qué nos despierta. Una primera aproximación es alcanzar esa idea de no perder a los diferentes actores que la componen y por medio de lo que se instala, a partir de sus principios, transparentar aquello que hace posible un determinado tipo de mundo.

Puesto que, al decir de Frigerio, educar “concierna la vida de los sujetos, la que, según cómo se dé la historia, puede volverse vivible, plena, digna, habitada por el entusiasmo existencial, o puede ser una vida que está siempre lamentando y no vive” (Frigerio, 2018). Por tanto, la educación, podría ser un primer despertar, el establecimiento de principios, que sería nada más -y nada menos- que eso; desde aquí, el lanzamiento, el marco relevante, el punto de partida y por qué no, de llegada. Desde aquí, un principio directivo que apunte al florecimiento, que marque el valor de la decisión inclusiva y no la condena excluyente.

La educación, despierta el encuentro que habilita lo flamante y perpetúa un tipo de conservación y, de manera tímida, silenciosa -y algunas veces silenciada-, intenta trascender ese lugar, pero otras veces, solo pensar esa trascendencia implica abrir un camino cargado de piedras que se convierte en modalidades incomprensibles de interpretación. E interpretar, más allá de la decodificación, el análisis, la explicación y/o declaración del sentido sobre algo, tiene que ver con la capacidad de jugar con nuestros

pensamientos, con aquello que hemos conocido y nos ha servido para establecer una mirada sobre el mundo. Podríamos pensar que se trata de darle lugar a aquellos

(...) seres por venir que llegarán a un espacio que habrá que hacerlo común, público, en igualdad inicial, para destituir la ideal del “orden natural de las cosas”, provocar nuevos desórdenes en el pensamiento, la percepción, el lenguaje y la sensibilidad, y promover destinos que nunca están trazados de antemano. (Skilar, 2017, pág. 24).

En suma, futuras generaciones nos marcan un rumbo educativo desde el aquí y ahora, que sabiendo que llegan en todo momento, los esperamos creando un espacio en común, compartido anhelos y formas de comprensión sobre el mundo, instalando nociones de mayor accesibilidad desde siempre y sin desigualdades estigmatizantes, desafiando los parámetros tradicionales-anquilosados, y a partir de eso, marcando el rumbo hacia lo revolucionario, hacia lo expresivo, hacia lo experimental, hacia el rompimiento de estructuras que no fomentan ideas posibilitadoras de destinos abiertos y renovantes. En otras palabras -y parafraseando libremente a Pascal-, que la razón nos dé razones que nuestro corazón pueda entender.

Direccionar la educación desde una única esfera y bajo un solo objetivo sería romantizar su finalidad. La educación tiene formas novedosas todo el tiempo, tal vez su distinción ha sido que siempre ha evidenciado formas contemplativas de particularidades, donde esa finalidad trascendiera a la educación misma, abriendo una puerta de facilitación a la mirada de otros escenarios posibles y/o de observar qué hay detrás de esos escenarios; tal vez, desde aquí, sobre sentido esa expresión de Freire de que “educar es un acto de amor” y entender sus condiciones es asegurar las particularidades no solo del educando sino también de todos quienes participan en ese proceso.

Y en ese proceso se van constituyendo ciertos despertares que mancomunan esfuerzos, intenciones, proyecciones, planificaciones, objetivos y la experiencia va

recogiendo lo que suponemos relevante sostener y compartir, como el resultado de lo aprendido, de lo generado, de lo descubierto, de la habilidad de respuestas instaladas, de las profundidades trabajadas, de las relaciones establecidas, etc., enfatizando en lo sublime como corolario de lo crédulo, en lo emotivo como apuesta que trasciende lo meramente disciplinar, desadormeciendo el mero cumplimiento metodológico y enalteciendo el valor del tiempo *kairológico*. Y algunas veces, la recolección de estos aspectos se vuelve indescifrable, inexpresable y solo se tiende a una sistematización fragmentada, arbitraria, disfrazada, buscando la aprobación de una musa inspiradora que nos ha quitado el aliento creativo. Por tanto, tal vez uno de los primeros despertares de la educación ha de ser el de resignificar cada experiencia vivida como una especie de acontecimiento fundador.

Las reformas, las estructuras, las organizaciones y los programas no quedan de lado en este contexto; no hablamos de vaciar los contenidos pero tampoco hacemos foco en planificar aquello que constantemente estamos desafiando para obtener sentido. Tal vez se deba establecer una toma de partido más involucrada, más abarcativa y menos excluyente, devolviéndole a los actores de la educación la oportunidad de descubrir el aprendizaje de vivir cada momento como verdaderos protagonistas del accionar, donde se evidencien interrogantes, confusiones, motivaciones, incomprensiones, perspectivas, encantos y desencantos, expectativas, deseos de profundización y superación. En otras palabras, enaltecer la libertad del individuo, de poder decidir y de encontrarse con esas decisiones desde un sentido constructivo; esto no implica instalar, sino lanzar una mirada más a otro despertar.

Y ¿qué ofrecemos cada uno de nosotros para un despertar diferente?

Posiblemente una de las cosas que podríamos enmarcar es la idea de regir lo novedoso. Es decir, ver cómo se van componiendo nuevas formas, asumiendo lo ya establecido

desde una mirada otra, donde se logre fortalecer los recursos y empoderar a quien hace uso de ese recurso, para poder caer en la cuenta de que, toda propuesta puede crecer en manos apropiadas, ¿acaso existe alguna que no lo sea? Mirar a los sujetos, más allá y a pesar de las propuestas, puede ser otra arista del despertar; por tanto, el camino no serían precisamente las fórmulas porque sí, sino aquellas que le caben a un sujeto, para un determinado contexto y desde ciertas finalidades, lo que desencadenaría maneras de ser bien precisas y maneras de estar bien conscientes. Es una forma de acercarnos al sujeto desde la idea que Freire establece y hemos mencionado anteriormente. Esta, es una “oportunidad (...) que destroza apariencias y borra prejuicios...” (Arendt, 2016, pág. 270). Y desde aquí se desarrollarían esas oportunidades ante lo nuevo. Y “(...) el de que se proteja un mundo viejo y se ayude a entrar en uno nuevo, da alas a la ilusión de que se construye un nuevo mundo a través de la educación de los niños.” (Arendt, 2016, pág. 275). Y aunque el mundo descansa sobre principios arcaicos, la novedad en la educación se da siempre con la entrada de “nuevos”, mirando “el viejo mundo” para dar paso a uno “nuevo”, con planteos que más que soluciones sean miradas contemplativas y destinadas a la acción, pues esta condición requiere una respuesta y es pasible de una conversión, ya que “la educación es una de las actividades más elementales y necesarias de la sociedad humana, que no se mantiene siempre igual sino que se renueva sin cesar por el nacimiento continuado, por la llegada de nuevos seres humanos” (Arendt, 2016, pág. 285). En suma, otra característica del despertar en la educación podría ser: asumir la responsabilidad del mundo heredado y desarrollar estrategias con criterios que no se agoten en un mundo demandante, sino que establezcan medidas que potencien la conservación bajo criterios emancipatorios e innovadores.

En el texto “El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual” de Jacques Rancière (2007) se expresa que “el hombre -y el niño en

particular- puede necesitar un maestro cuando su voluntad no es lo suficientemente fuerte para ponerlo y mantenerlo en su camino” (pág. 28). Y desde aquí hay que entender que “en el acto de enseñar hay dos voluntades y dos inteligencias” (Rancière, 2007, pág. 28). De esta manera se pueden establecer ciertas horizontalidades que no desdibujan los principios de una educación emancipadora, sino que se trata de colocar a los iguales en condiciones de acontecimientos educativos, donde las enseñanzas requieren de ciertos estímulos pero que estas más que ser condiciones excluyentes son acontecimientos posibilitadores; puesto que

Entendemos por *voluntad* ese retorno sobre sí del ser razonable que se conoce en la medida que actúa. Es ese foco de racionalidad, esa conciencia y esa estima de sí como ser razonable en acto lo que alimenta el movimiento de la inteligencia. El ser razonable es antes que nada un ser que conoce su potencia, que no miente sobre ella (Rancière, 2007, pág. 79).

Hacemos mención entonces a una voluntad como esa característica del sujeto que lo vuelve a un retorno reflexivo sobre sí mismo, mirando sus propias acciones y decisiones, donde la racionalidad puede estar medida como el atributo de ese sujeto que se manifiesta en la acción y es a partir de esto que, evidenciamos nuestra comprensión del mundo y del contexto del cual somos parte. Poner el foco en la voluntad es mirar a esa racionalidad que conduce hacia una mirada del sí mismo, valorando nuestra propia estima, alimentando el movimiento de la inteligencia en todas sus manifestaciones y escenarios, manifestando el encanto por la honestidad y desde ahí, el despertar de la pregunta por lo que hacemos, cómo lo hacemos y cómo nos interpela, ahondando en sus finalidades e intenciones, desafiando las formas mismas en las que se manifiestan esas capacidades.

Es posible que estas líneas generen más preguntas que respuestas; por ejemplo: ¿cómo sería posible una actualización de las miradas educativas a partir de sujetos que

buscan sentido a esa acción? Se podría asumir que uno de los desafíos más provocativos en la actualidad y bajo este planteo es la relación del sujeto consigo mismo, con el mundo y con los otros, entendiendo que asumir esas formas es abrazar la relación con los diferentes saberes. Queremos sujetos formados, ciudadanos preparados pero, por sobre todas las cosas, sensibles ante la presencia del otro y preocupados ante las ausencias, compasivos ante el dolor y la angustia que se manifiestan en las particularidades y amorosos ante las diferencias; y esto es posible si el valor del conocimiento se logra interiorizar no para aparentar sino para construir redes inquietantes y estilos de existencias liberadores. Y admitir formas de educación no es opacar, olvidar o esconder, más bien es visibilizar, responsabilizar, comprender y tender-en y desde, puesto que podremos crear si logramos despertar y podremos despertar si logramos inquietar, apropiándonos de que la educación no es un juego, sino que es lo que ponemos en juego en todo momento.

Bibliografía

Arendt, H. (2016). Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política. Ariel.

Frigerio, G. (2018, 1 de marzo). Según Graciela Frigerio, antes que hacer énfasis en contenidos y saberes, la educación debería priorizar la relación de los sujetos con ambos. *El Observador*. <https://ladiaria.com.uy/educacion/articulo/2018/3/segun-graciela-frigerio-antes-que-hacer-énfasis-en-contenidos-y-saberes-la-educacion-deberia-priorizar-la-relacion-de-los-sujetos-con-ambos/>

Jaeger, W. (2009). *Piadeia: los ideales de la cultura griega*. Fondo de Cultura Económica.

Skliar, C. (2017). *Pedagogías de las diferencias: notas, fragmentos, incertidumbres*. Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico. Noveduc/perfiles.

Rancière, J. (2007). *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Libros del Zorzal.